

DE MITOLOGÍA VASCA

EONES AL SERVICIO DEL HOMBRE

En la mitología vasca figuran ciertos genios o eones que se ponen al servicio del hombre, si éste coloca un estuche en determinado lugar y día o los compra a otros que los posee.

En Vasconia conocemos varios nombres de estos seres. Tales son: *Autzek* «cenizas», *Bearez-tianak* «los que no deben ser poseídos» en Orozco, *Bestemutillak* «otros mozos» en Forua, *Enemigos* en Arbeiza, *Enemiguillos* en Añes, *Famerijelak* «familiares» en Cortézubi, *Galtxagorriak* «los de calzones rojos» en Zarauz, *Gorritxikiak* «los rojillos» en Aya y Orio, *Mamarroak* «los insectos» en Zarauz, *Mamurak* «los insectos» en Lesaca, *Mozorroak* «los bichos» en Albistur, *Patuek* «los hechizos» en Ibarruri, *Prakagorri* «el del calzón rojo» en Guernica, *Ximelgorriak* «las mariposas rojas» en Abadiano, *Orraztokikoak* «los del alfiletero» en Bermeo, *Aiharra-haioak* en Laburdi, etc.

Se cree que son unos seres minúsculos —de figura humana, según unos y de insectos, según otros— que ayudan en sus quehaceres a ciertos hombres.

Caben cuatro de estos diablillos en un alfiletero y habitan en el del individuo a quien protegen y sirven.

El modo de lograr su posesión es dejar abierto un alfiletero u otro estuche en un zarzal en la noche víspera de San Juan (23 de junio). En Munguía dicen que el alfiletero debe ser colocado en el monte Sollube. En otros sitios de Vizcaya dicen que hay que colocarlo en el monte Artxanda. En Artaza-Lakozmonte creen que los «enemiguillos» se recogen a las doce de la noche de la víspera de San Juan. Una leyenda de Zarauz asegura que antaño los *mamarroak* se compraban en una tienda de Bayona por media onza de oro.

Estos seres, en cuanto uno les destapa la caja o el alfiletero donde están encerrados, salen de él y empiezan a girar alrededor de la cabeza de quien los posee y le preguntan incesantemente: «¿qué quieres que hagamos?». Y realizan rápidamente las labores que él les señale.

De las personas que, según se supone, hacen portentos u obras extraordinarias, como los adivinos, los brujos y ciertos curanderos, se dice que poseen tales diablillos. Así, de Santagueda, el mejor *aizkolari* «hacheador» de estos contornos en su época (principios de este siglo), diestro no sólo en el corte de troncos sino también en cualquier otro juego, se decía que llevaba consigo los enemiguillos o familiares.

En Cortézubi me contaron que un hombre compró los «familiares» para su servicio. Destapó el cañuto donde los tenía y les ordenó que hicieran un trabajo; después otro y otro hasta tercera vez. Como todavía volvieron diciendo «¿qué haremos?», el hombre les ordenó que le trajeran agua en una criba. Ellos no pudieron realizar la labor y se retiraron.

En Cortézubi me decían también que, al vender los «familiares», se debe hacer con ganancia para el vendedor. Añadían que tales extraños seres eran de forma de insectos. Además, el anciano Matías de Aranaz, cuentista de mucha popularidad, me contó este relato:

«Un hombre compró 'familiares' para hacerles trabajar. Los guardaba en un alfiletero». Les mandó que hicieran varias labores, las cuales fueron luego realizadas fielmente. Por fin, les orde-

nó que le trajesen agua de la fuente en un cedazo. Esto no se lo pudieron hacer. Mi informante terminó diciendo: «porque la sabiduría de un hombre bueno es superior a la de los *familiares*, éstos desaparecieron».

El cura de Aizpuru. Aizpuru es un barrio de Orozco. El anciano Pedro Mari de Olarte (otro barrio de Orozco) me contó la siguiente leyenda el año 1922:

«La criada del cura de Aizpuru dijo a éste un día: ¡Oh! ¡qué contenta fuera esta tarde a la corrida de toros a Madrid!

El cura, que tenía *familiares*, le dijo: *Si lo deseas, nos iremos.*

Y se trasladaron a Madrid y quedaron sobre la plaza en el aire.

Otros había allí que poseían *familiares*. Uno de ellos dijo a sus compañeros: *Abí está el cura de Aizpuru con su criada.*

No se lo creían. Y él les dijo: *Os presentaré su zapato.*

Al instante apareció en sus manos el zapato del cura de Aizpuru.

Éste le dijo al ladrón: *Si no devuelves el zapato, te saldrá un cuerno en la frente.* Y al instante apareció cornudo el rival del de Aizpuru. Éste recobró pronto su zapato, y habiendo visto la corrida, regresó a Orozco con su criada».

Cuentan en Zarauz que los *familiares* tienen fuerzas colosales que emplean al servicio de su dueño siempre que éste lo quiera. A este propósito cuentan el caso de un boyero que hizo apuesta de bueyes, es decir, a ver si su pareja o la del competidor arrastraba en trayecto más largo un gran bloque de piedra. Cuando vio que sus bueyes no podían llegar hasta la meta que marcaron los de su contrincante, colocó secretamente el alfiletero de sus *familiares* en el yugo de su pareja. Ésta llevó entonces airoosamente la piedra y ganó la apuesta para su dueño.

Juan de Bargota. Juanis era cura del pueblo navarro llamado Bargota. Poseía *familiares*, mediante los cuales realizaba operaciones portentosas. De ellas me informaron nuestros colaboradores de la montaña alavesa mediante las siguientes leyendas, populares en aquella región:

1. Juanis construye una casa. Juanis tenía los familiares o enemiguillos metidos en un alfiletero que guardaba en el hueco de una peña.

Un día encargó a un chico que fuera a traerle el alfiletero, apuntándole el sitio en que lo tenía escondido.

Después que el chico se lo trajo, Juanis lo destapó y en seguida salieron los enemiguillos diciendo: *¿qué quies c'haga? ¿qué quies c'haga?*

Juanis les dijo: *que «ajuntéis» en un montón todas las piedras que hay por aquí alrededor.*

Ellos las «ajuntaron». Y Juanis hizo con ellas, en una noche, su casa, en la cual, según tradición, falta una piedra que nadie es capaz de colocar.

2. Juanis y el arriero. Un arriero que pasaba por Bargota se encontró cerca de la iglesia con Juanis.

El último macho de su recua, según costumbre, era el que llevaba las campanillas.

A poco de cruzarse con el cura, observó el arriero que el sonido de las campanillas se oía muy difícil. Se volvió y notó con asombro que no se veía ni rastro de su recua.

Miró hacia el lado de donde parecía que venía el ruido de las campanillas, y, asustado, contempló el espectáculo de todos sus machos que daban vueltas por el aire alrededor del campanario.

A los gritos del arriero se le acercó Juanis y le preguntó: *¿qué te pasa?*

—*Que mis machos están en el aire y se van a matar,* contestó el arriero.

—*No te asustes, que al instante te los bajaré*, le dijo Juanis.

En efecto, momentos después pudo el arriero seguir su viaje con toda su recua sana y salva.

3. Juanis en Madrid. Es ésta una variante de la leyenda «El cura de Aizpuru» que hemos copiado arriba. Dice así:

A las once y media del día de San Isidro estaba la criada de Juanis en el balcón de la casa cural de Bargota y Juanis, que estaba en su cuarto, oyó un suspiro muy fuerte que echó la criada.

Juanis le preguntó: *Chica ¿qué te pasa?*

—*¡Ay! ¡Quién estuviera a estas horas en los toros de Madrid!*

—*Si es por eso, prepárate, «de tira» vamos.*

Y para las doce ya estaban los dos en la corrida de toros en Madrid.

Al poco rato, la criada se dio cuenta de que le faltaba un zapato, y no dijo nada; pero Juanis la encontraba apesada y le dijo: *¿Qué te pasa?*

—*¡Qué m'ha de pasar! Que me falta un zapato.*

—*No te apures: verás qué pronto te lo devuelven*, le contestó Juanis.

Y al momento se vio a uno de los que estaban mirando a la corrida, con un cuerno en la frente. Era el que había robado el zapato.

Al verse el ladrón adornado con tan raro apéndice, todo avergonzado, devolvió el zapato robado.

Juanis le había puesto el cuerno mediante sus enemiguillos y así «paició» el zapato.

Después, notando Juanis que hacía mucho calor, empezó a «bambolear» la capa que llevaba puesta y dijo: *¡Cómo nieva en los montes de Oca!*

Y, con gran asombro de los asistentes a la corrida, cayó una gran nevada que cubrió toda la plaza.

4. El bastón de Juanis. Juanis bajó a Torralba a un entierro. Al volver a casa, se dio cuenta de que había dejado allí su bastón con un cañuto.

Envío a buscarlo a un muchacho.

Cuando el encargado volvía de Torralba con el bastón de Juanis, pensó para sí: *¿Y yo no tengo de saber lo que esto tiene dentro?*

Y lo abrió y entonces salieron los enemiguillos que le preguntaron: *¿qué quies c'haga? ¿qué quies c'haga?*

Y lo querían comer, porque él, lleno de miedo, no les mandaba nada, hasta que por fin, les dijo: *que entréis otra vez donde habéis salido.*

Y entraron en el cañuto y el muchacho los tapó y así entregó a Juanis su bastón.

En Torralba del Río enseñan todavía los montones de piedra que «ajuntaron» los enemiguillos. A éstos hay que mandarles algún trabajo cuando salen de su prisión; si no, acometen al que los lleva.

5. Juanis y su pelota. Gran aficionado al juego de pelota era el cura de Bargota; pero un día se encontró sin ninguna para poder jugar. Encargó a un muchacho que fuese a Viana, distante dos horas de camino, y que le comprase una.

El recadista le advirtió que, dada la distancia, tardaría mucho en volver. Juanis le dijo: *Vete y no te importe la distancia: ya verás qué pronto vuelves.*

No había hecho más que salir del pueblo, cuando el recadista oyó unos bufidos detrás de él. Volvióse y, asombrado, vio un toro que, a todo correr, se le echaba encima.

Asustado, se lanzó más que a galope. De vez en cuando volvía la vista atrás; pero siempre veía el toro a la misma distancia. Cansado y jadeante llegó a Viana.

Compró una pelota y emprendió el regreso. De nuevo se le apareció el toro que le persiguió hasta Bargota.

Al recibir la pelota, Juanis dijo al recadista: *¿ves cómo no es tan largo el camino como te parecía?*

6. Juanis y el ollero. Por las calles de Viana iban cinco compañeros curas. Uno de éstos era Juanis el de Bargota. Era día de «mercau».

Sus compañeros le dicen a Juanis: *Oye, Juanis, tan divertido como eres, ¿no nos pones alguna diversión?*

En aquel momento pasaban cerca de un vasijero que estaba vendiendo ollas.

Juanis preguntó a sus compañeros a ver si estaban dispuestos a pagar el daño que su diversión podría acarrear al vasijero.

Contestaron que sí, que estaban dispuestos a pagarlo.

En esto llegó una «manada» de perdices que se fueron metiendo en las ollas y andaban entrando y saliendo en ellas. Y la gente del «mercau» se reunió a ver aquello.

Entonces el vasijero cogió un palo y empezó a palos con las perdices, diciendo: *más vale una perdiz que una olla, más vale una perdiz que una olla.*

Y rompió todas las ollas y no cogió ninguna perdiz.

Al ver tal destrozo, el vasijero empezó a llorar.

Entonces se le acercaron los cinco curas y le preguntaron: *¿qué le pasa a usted, buen hombre?*

—*Pues ¿qué m'ha de pasar? Que ha venido una «manada» de perdices y «me se» han metido en las ollas y yo, por cogerlas, con un palo he hecho cisco con «toas» las ollas sin coger ninguna perdiz.*

—*¿Cuánto puede valer el destrozo?, le preguntaron ellos.*

—*Pues... tanto; pero si me dieran la «mitá», ya me vería contento.*

Y echaron mano al bolso y le pagaron por entero.

El vasijero quedó muy agradecido y contento (cf. J. M. de Barandiarán, *Obras Completas* II, pp. 477-481).

De Juanis de Bargota. Cuentan en Ataun que, habiendo muerto en su pueblo un hombre antes de pagar sus deudas, los acreedores se oponían a que su cadáver fuese inhumado mientras no fueran liquidadas sus cuentas. Juanis se presentó allí y prometió a los acreedores pagarles las deudas mediante entrega de unos carneros que aparecieron luego en aquel lugar. Saldadas las cuentas, el cadáver del difunto fue enterrado.

Los acreedores partieron con sus carneros; pero éstos, al traspasar los límites del pueblo, desaparecieron misteriosamente.

Orozco. Estos temas de los *familiares* o *ximelgorriak*, que sirven al hombre, figuran también en una leyenda de Orozco. En efecto, allí supe que un sacerdote secuestró las lamias que vivían en *Jentilzulo*, cueva situada en la falda SW. del monte Untzueta, a la izquierda de la carretera de Areta a Orozco. Las tenía encerradas en una cajita.

Un día en que dicho sacerdote se marchó al pueblo de Murueta, su llavera, más curiosa que prudente, abrió la caja. Las lamias, saliendo de su encierro, le preguntaron qué trabajo quería que le hicieran. La llavera les dijo que le trajeran leña. Se la trajeron, en efecto; pero en forma de troncos enteros y en tal cantidad que le llenaron la era.

Las lamias le preguntaron de nuevo qué quería que le hicieran. La llavera les pidió que le trajeran agua en una criba, cosa que les fue imposible (cf. J. M. de Barandiarán, *Obras Completas* II, p. 477).

En Bedia. Hay personas que mantienen secuestrados a los *familiares* hasta el fin de su vida; pero no pueden morir sin antes hacerlos desaparecer o venderlos o donarlos a alguien.

Cuentan en Bedia que una anciana del barrio *Burtetza* estaba agonizando durante muchos días. El cura que la asistía se dio cuenta de que en el lecho de la moribunda había un saquito de los *familiares*. Lo recogió y lo echó al fuego, donde los pequeños genios desaparecieron dando grandes relinchos. Entonces murió la anciana (cf. *Anuario de Eusko-Elkore* 3, 1923, pp. 13 y 23).

Gorritxiki «rojillo». Así llaman en la comarca de Orio y Aya a ciertos genios rojos de figura humana que andaban veloces en las montañas de Aya.

Los habitantes del caserío *Leoia* conocieron al último *Gorritxiki* y lo quemaron en un horno calero. Antes de morir, el genio echó esta maldición: *mientras el mundo sea mundo, en Leoia no faltará algún inválido*. Dicen que la maldición se ha cumplido hasta ahora.

* * *

Tales son algunas de las manifestaciones de los eones o genios *familiares* que conocemos en Vasconia. Dichos y leyendas muy extendidos también fuera de nuestra tierra. Temas comunes; pero que, en cada país, presentan marcas originales como en el nuestro.